

nen poder para despertarme del letargo de la desesperanza; y a veces, es mi único refugio entre tantas circunstancias dolorosas, tantas y tantas reminiscencias amargas.

Pero llevaría un tiempo infinito relatar las razones que me impelen a buscar su estima, además de ser (me temo) tarea inútil: pues no olvido que los cimientos de cualquier intimidad han de ser compartidos: y ¡ay!, desconocido e irreverenciado como soy, ¿por qué querría nadie –hasta la más humilde de las criaturas divinas– corresponder a esta amistad? ¿Qué razón puedo esgrimir para asociarme a una compañía como la suya, que destella con genio magnífico y salvaje? No me atrevo a declarar que yo también poseo una chispa de ese fuego celestial que allí arde; pues, si lo tengo, no ha prendido y brillado aún con esa fuerza que podría hacerme digno de su interés. Con todo, y aunque no puedo mostrar ninguna prueba afirmativa de tan alto don, tal vez pueda adelantar algunas razones negativas para que usted me soporte, siquiera en la distancia, y de este modo me infunda ánimo la idea que no paso del todo desapercibido a sus ojos; y digo, así, que mi vida ha transcurrido por lo común en la contemplación y adoración de la naturaleza; que no soy sino un muchacho y no he formado aún, por tanto, ningún vínculo que pueda apartarme un paso de los dulces retiros de la poesía, empujándome a las detestables guaridas de los hombres; que nadie se atreverá jamás, abusando de su confianza conmigo, a irrumpir en su sagrada soledad; y, por último, que usted tendrá la posibilidad de ofrecer a Dios el agradable y agradecido incienso de una buena acción, al bendecir la existencia de una criatura amiga. En lo que concierne a los puntos externos, pienso que no hay nada en ellos que podría reportarle oprobio.

Nada puedo añadir sino esto: que aunque usted pueda llegar a conocer mentes más afines a la suya, y por tanto, en proporción, más merecedoras de su estima, no encontrará otra mente más celosamente rendida a usted, más llena de admiración por su excelencia intelectual y de amor reverente por su carácter moral, más dispuesta (¡hablo desde el corazón!) a sacrificar incluso su vida –siempre que sea necesario ayudar a sus intereses y su alegría– que la que en este instante se arrodilla ante usted. Y añadiré que ante ningún hombre en la tierra excepto usted y otro más (un amigo de usted)¹⁰ me postraría, como ahora, humilde y suplicantemente.

¡Estimado señor!

Suyo por siempre

Thomas de Quincey

Hogar de Mrs. Best, Everton, cerca de Liverpool.

¹⁰ Ese amigo es, obviamente, Coleridge.

De William Wordsworth a Thomas de Quincey

Grasmere, 29 de julio de 1803
cerca de Kendall, Westmoreland

Estimado señor,

Su carta con fecha del 31 de mayo no llegó a mis manos sino anteayer, debido (supongo) a la negligencia de los señores Longman y Rees en reexpedirla. Esto me preocupa mucho pues, aunque estoy seguro de que no me supone capaz de desatender una carta semejante, aun así mi silencio debe haberle causado por fuerza cierto desasosiego.

Es imposible no sentirse satisfecho cuando uno se entera de haber proporcionado un deleite semejante: y es para mí una gratificación aun mayor comprobar que mis poemas han inculcado en un extraño nociones tan favorables sobre mi persona. Dicho esto, que es fácil de decir, tengo cierta dificultad a la hora de responder con más detalle a su carta.

Huelga decir que sería contra natura no albergar sentimientos de afecto hacia quien, como usted, expresa emociones de tan profunda estima y admiración por mis escritos. No dude usted de que estos sentimientos, no importa su expresión, son siempre aceptables a mis ojos; y le aseguro que son aun más bienvenidos viniendo de usted. Percibirá usted, pues, que el objetivo principal que se propuso al escribirme se ha cumplido, esto es, que me hallo en buena disposición hacia usted. Pero no está en mi poder ofrecerle mi amistad: éste es un regalo que ningún hombre puede dar, que no está en su mano: una sólida y sana amistad es el fruto del tiempo y las circunstancias, brota y porfía como una flor salvaje cuando las circunstancias son favorables, y cuando no lo son es vano buscarla por los campos.

Supongo que no estoy diciendo nada que usted no sepa tan bien como yo. Le recuerdo un simple lugar común que su gran admiración por mí ha despojado, tal vez, de la gravedad que debiera tener en sus pensamientos. Y esto me lleva a lo que despertó en mí una gran preocupación, en otras palabras, el insensato valor que ha otorgado a mis escritos en comparación con los de otros. Es usted joven e ingenuo y escribí con la esperanza de agradar sobre todo a los jóvenes, los ingenuos y los inocentes, pero lamentaría en grado sumo interponerme en el camino de la necesaria influencia de otros escritores. Ya se imagina usted que aludo a los grandes nombres de tiempos pasados; y, sobre todo, a los de nuestra propio país. Me he tomado la libertad de escribirle estas líneas para acelerar la llegada de ese momento, no para que usted tenga en menos mis poemas, sino para que tenga en más los de otros. Sé que ese momento vendría por sí solo; y tal

vez llegue antes gracias a lo que acabo de decir, lo que por lo demás (estoy seguro) no puede molestarle.

Cuántas cosas hay en la personalidad de un hombre sobre las que sus escritos, no importa cuán voluminosos o misceláneos, no pueden informarnos. Cuántos miles de cosas entran en la composición de un hombre sincero y probo, de las cuales nada puede saberse a partir de lo que dice de sí mismo o de los demás al Oído del Mundo. Usted, probablemente, no podría adivinar por ningún medio que soy el corresponsal más perezoso e impaciente del mundo. Habrá observado, tal vez, que las dos o tres primeras líneas de esta página están escritas en una letra tolerablemente elegante y legible, y que ahora cada letra, de la A a la Z, está en franca derrota, pisando los talones de su compañera. Hasta tal punto me es difícil dominar este hábito nefando de la pereza y la impaciencia, que hace mucho que dejé de escribir cartas, excepto cuando tratan de negocios. Me veo obligado a decírselo para ser justo lo mismo con usted que conmigo, no vaya a creermelo poro amable al descubrir mi desaliño e indolencia epistolar.

Estoy a punto de emprender un viaje por Escocia con mi hermana y mi amigo Coleridge, que nos llevará entre seis y ocho semanas. Esto me impedirá tener noticias tuyas tan pronto como yo quisiera, pues lo más probable es que partamos dentro de unos días. Si me escribe de inmediato, no obstante, tal vez tenga el placer de recibir su carta antes de nuestra partida; si ya estuviéramos en camino, daré órdenes de que me la remitan. Sobre añadir que tendría sumo placer en recibirle en Grasmere si alguna vez se acerca a esta región. Soy, buen amigo, con gran sinceridad y estima.

Suyo atentamente,

W. Wordsworth.

Posdata. Acabo de revisar mi carta, y descubro que hacia su conclusión he procedido con urgencia injustificable, especialmente en lo que atañe a una posible visita suya. Creo haberme expresado con absoluta frialdad. No son éstos mis sentimientos, se lo aseguro. Me haría muy feliz, en verdad, verle en Grasmere, si alguna vez halla conveniente visitar esta encantadora región. Confiesa usted ser muy joven; y es probable que tenga muchos compromisos de gran importancia en relación con sus intereses mundanos y su felicidad futura en la vida. No descuide tales compromisos por mi culpa; pero si, en armonía con tales deberes, hallara tiempo para visitar esta región, que no está muy lejos de su actual residencia, yo estaría, vuelvo a repetirlo, encantado de verle.

W. W.

(Traducción y notas de Jordi Doce)



Xul Solar: *Dos anjos*. Acuarela (1915)